Germán Castro Caycedo

NUESTRA GUERRA AJENA

Planeta

© Germán Castro Caycedo, 2014
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2014
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta: Departamento Creativo Planeta
Primera edición: septiembre de 2014

ISBN 13: 978-958-42-4178-8
ISBN 10: 958-42-4178-8

Impreso por: Quad/Graphics

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

A Renaud Blanchet,
mi entrañable yerno

Presentación

Anteriormente, la Editorial Planeta se negó a publicar este libro y, existiendo un contrato vigente, me devolvió el manuscrito original, por su contenido en cuanto a la posición del Estado frente al conflicto interno (2002-2010).

Hasta ese momento, Editorial Planeta había publicado quince libros escritos por mí.

Hoy, bajo una nueva dirección, Planeta ha tomado la decisión de publicarlo.

El Autor

Odio, miedo y marihuana

Dentro del cúmulo de crímenes que indiscutiblemente rayan en la depravación cometidos en Vietnam por «los héroes *americanos*» —como aún los cataloga parte de la opinión estadounidense—, el mundo pudo conocer más tarde uno de muchos genocidios, ocurrido el 16 de marzo de 1968 en una aldea llamada My Lai-4 en el pueblo Song May.

Allí, los soldados del Tío Sam bajo la influencia del odio, del miedo y de la marihuana, asesinaron a 504 seres inofensivos, representados por bebés, niños de dos, de tres, de cinco años, mujeres embarazadas, madres que trataban de proteger a sus bebés, ancianos indefensos, niñas violadas y mutiladas…

Inicialmente la prensa de los Estados Unidos presentó aquello ante el mundo como «una gran victoria militar sobre el Vietcong, la guerrilla comunista».

El filósofo inglés Bertrand Russel subraya en su ensayo sobre *aquella guerra de exterminio y atrocidad*:

«Estados Unidos ha tratado de difamar al movimiento de guerrillas llamándole *Vietcong*, que significa "comunistas vietnamitas".

»Ningún grupo de Vietnam se llama a sí mismo por tal abreviatura. Quienes escogieron ese nombre, desconocían que en Estados Unidos la palabra *comunista* basta para alarmar al público y difamar a cualquier movimiento, pero que en gran parte del mundo la palabra *comunista* lleva connotaciones favorables».

En los Estados Unidos, durante meses los medios de comunicación continuaban tomando distancia del asunto y complementaban el silencio cómplice del Ejército frente a aquella vergüenza, hasta cuando el excombatiente Paul Meadlo, de Terre Hante, Indiana, hizo en la televisión de ese país una confesión descarnada de los crímenes y las atrocidades cometidas en My Lai-4, nada diferentes a los de los peores días de Hitler y de Stalin.

Entonces el Ejército inició una investigación secreta de lo que ellos ya conocían, a raíz de la cual, Seymour M. Herst, autor del libro *My Lai-4* —en uno de los que me he basado para escribir este capítulo—, y quien fue distinguido con el Premio Pulitzer 1970, fue quien le dio a conocer al mundo el horror cometido por los héroes en aquel rincón de Indochina.

Anteriormente los investigadores John Takman y R.L.M. Synge, de Suecia, el filósofo inglés Bertrand Russell, Do Xuan Hop de Vietnam, J.B. Neilands y Phillis Patterson, de Estados Unidos, A.I. Poltorak de Rusia y otros habían abordado en sus escritos el tema de los ataques contra decenas de aldeas vietnamitas pobladas por seres inocentes que en aquel momento eran el blanco de la artillería de la Séptima Flota y de las nubes

y nubes de llamas de las bombas con gelatina de napalm —la perversa arma incendiaria utilizada por los Estados Unidos sobre ciudades y aldeas—, y de las bombas también incendiarias de fósforo blanco, y de las de fragmentación, y de las bombas *«lazy dog»*, y del gas venenoso *BZ*, y de otras armas terroristas que casi todos los estados del mundo —incluido ese país— se comprometieron luego a no emplear jamás.

Es que los Estados Unidos, además de sus *marines* y de sus *rangers* y de sus grupos élite y de sus soldados regulares estimulados todos ellos por la misma marihuana vietnamita que ahora los minaba hasta la médula, utilizaron también armas venenosas contra arrozales, palmares, animales domésticos y seres humanos en el sur de Vietnam, especialmente bebés, niños y mujeres, porque los hombres estaban luchando en la selva.

Produce profunda angustia ver películas hechas por los mismos estadounidenses, y fotografías que muestran los miembros lacerados, las llagas profundas en los cuerpecitos de pequeños niños y niñas, y sus gestos de tormento ante las quemaduras causadas por el napalm «mejorado» —como alardeaban los generales del Pentágono— a base de poliestireno que actúa como adhesivo y hace que resulte imposible quitar del cuerpo el aceite ardiendo.

Según el premio nobel y filósofo británico Bertrand Russell, tanto en su libro *Crímenes de guerra en Vietnam* como en su ensayo *Guerra y atrocidades en Viet Nam*, «se trata de un arma de tortura que, salvo por Estados Unidos e Israel, no ha sido utilizada por ninguna otra nación del mundo y sus únicas víctimas han caído en África y el Asia en sus luchas de resistencia a los ataques de Occidente.

»El napalm arde sin cesar y no se puede extinguir fácilmente ni con tierra ni con agua; sus víctimas se consumen en medio del pavor de los observadores.

»Este combustible gelatinoso tiene un doble propósito: con él se pretende que a la vez que se atormenta a la víctima, se quebrante también la voluntad de resistencia de los supervivientes».

En Vietnam fueron calcinados con napalm, hospitales, escuelas, sanatorios y clínicas.

El médico sueco John Takman sostiene en el libro *Napalm:* «Parece que la mayoría de los estadounidenses llegó a ser consciente y a aceptar que los vietnamitas fueran aniquilados con gases y venenos».

Un informe posterior de cuatro entregas en el periódico *Toledo Blade*, llegó al fondo del odio que rodeó los crímenes cometidos por los estadounidenses en Vietnam, estimulados por la marihuana.

Se trata de la historia de dieciocho soldados de un pelotón de élite llamado *Tiger Force* que durante siete meses ejecutó una cadena de crímenes y depravación similares a los ocurridos en muchos rincones de Vietnam.

Según la revelación del periódico, en las tierras altas de Vietnam del Sur, los militares torturaron y mutilaron los cuerpos de bebés, niños y mujeres, y luego los remataron a bala y a cuchilladas con sus bayonetas.

El informe fue inusual, no solo por la denuncia de las atrocidades cometidas por soldados estadounidenses, conocidos y encubiertos por los mandos superiores del Ejército, sino por la

vinculación de las muertes a la política oficial militar de Estados Unidos en Vietnam que gran parte del país aceptó como «un juego libre en zonas en las que los soldados estaban autorizados para matar a cualquier cosa que se moviera».

La serie del *Blade* fue doblemente importante puesto que se publicó durante la ocupación de Estados Unidos a Irak, cuando nuevas atrocidades se habían cometido contra civiles inocentes.

Como en el caso de My Lai-4, pese a haber sido comprobada la cadena de crímenes cometidos por la *Tiger Force*, jamás se presentaron cargos contra ninguno de aquellos militares, y los informes finales de la investigación fueron enterrados, pero descubiertos luego por este diario, que tituló su serie de denuncia como *Buried Secrets* —Verdades Brutales—, que también fue premiada con el prestigioso Premio Pulitzer de periodismo estadounidense.

Como en el caso de My Lai-4 y en el del libro del premio Pulitzer 1970, Seymour M. Hersh, el periódico partió de la documentación obtenida en los archivos del Comando de Investigación Criminal del Ejército de Estados Unidos.

Pero en esta historia de marihuana y perversión hay más: durante el año que siguió a la matanza de My Lai-4, un sector reducido de la opinión estadounidense tuvo referencias de tres nuevas denuncias sobre hechos de sangre y sevicia similares, que, desde luego fueron acalladas y desaparecidas por el entonces general Collin Pawell, que más tarde ocupó el cargo de secretario de Estado de los Estados Unidos —el mayor productor de marihuana del mundo a partir de 1987, según *High Times*, publicación especializada en cannabis, de libre

circulación en ese país desde la década de los años setenta, y según informaciones del mismo Estado norteamericano.

Según Seymour M. Hersh en su libro *My Lai-4*, «La primera vez que siendo militar, el general Collin Pawel fue a Vietnam, se la pasó quemando pueblos, y la segunda fue a tapar las masacres hechas por soldados de los Estados Unidos».

Luego él fue quien recibió la denuncia formulada en una carta escrita por Tom Glen, un joven soldado que exponía atrocidades iguales a las de My Lai-4. En esa carta dice que vio balear campesinos vietnamitas por la espalda, que los soldados bajo los efectos de la marihuana por el simple placer tiraban balazos sobre madres con sus bebés, contra niños, contra ancianos, sin justificación ni provocación.

La carta de Glen agrega que «la tortura era utilizada para interrogar a sospechosos de pertenecer al ejército comunista».

Powel —otro héroe— hizo desaparecer éste y varios documentos similares.

Las siguientes líneas son un esbozo condensado del salvajismo cometido bajo los efectos del miedo, el odio y la marihuana por los «héroes *americanos*» de Vietnam.

El capítulo está basado en diferentes documentos públicos, pero como ya fue señalado, especialmente en el libro de Seymour M. Hersch, cuyo subtítulo traducido de la carátula es, «*La guerra del Vietnam y la conciencia norteamericana*».